

LAS VELAS APAGADAS

Reyes

Envejecido por la intemperie y combado por el viento, yacía una casa de labranza en la soledad de las altas montañas. Allí, cada *Noche de Reyes*, que en ese lugar también llaman *Noche de Berchta*, pasaba la señora Berta. Y las ánimas benditas la acompañaban en su viaje. Era costumbre desde antaño y se hacía por una antigua obligación, que la campesina debía poner una mesa con comida y bebida en el camino hundido por donde pasaba la procesión nocturna. Entonces la señora Berchta bendecía las ofrendas y a quienes las ofrecían, quizás también probaba de ellas y se mostraba favorable a los campos, al ganado y a toda la familia.

Pero regía una estricta prohibición: nadie de esa casa podía salir en tal noche, para espiar o escuchar, para que la señora Berchta no fuera molestada por una curiosidad pecaminosa cuando quisiera refrescarse.

Una de esas noches, cuando la campesina había preparado de nuevo con esmero la mesa en la garganta y justo la luna se alzaba sobre el bosque montañoso, la sirvienta más joven de la casa fue atormentada por la duda y la curiosidad. Enseguida se escabulló, se escondió en un pajar y miró hacia la mesa festiva, sobre la que aún humeaban las pálidas pastas. Así aguardó impaciente lo que sucedería, cambiando el peso de un pie a otro. Pero allí no parecía ocurrir nada. Ninguna liebre saltaba sobre el campo nevado, ningún pájaro colgaba en las ramas heladas del abedul, que se inclinaba sobre la mesa brillando como un árbol de cristal a la luz de la luna.

La quietud de la esperanza empezaba a adormecerla, y la muchachita perdió su fe en los relatos de los viejos.

Entonces, por fin, se alzó un fino chirrido y canto desde el bosque montañoso, como canto y sonido de cuerdas. Y se acercaba con pasitos menudos en la nieve blanda la tropa de las bienaventuradas ánimas. Al frente iba la misma señora Berchta, y a su alrededor el resplandor lunar se condensaba en un brillo. Las pequeñas almas se aferraban a ella y se deslizaban bajo su manto ondeante como los polluelos bajo el ala de la clueca. Otras zumbaban y cantaban al son de la cítara y el violín con vocecitas plateadas. Al final arrastraban algunos de estos niños con un pesado arado, que surcaba los campos. También cántaros, llenos de rocío dorado, llevaban los pequeños. Este se derramaba y penetraba a través de la nieve en el suelo dormido.

Entonces la señora Berchta se detuvo pensativa junto a la mesa de las ofrendas y le dijo a uno de esos niños:

-*"Veo dos velitas, esas son de más; ¡ve y apágalas!"*

La muchacha, escondida tras la puerta de madera sintió el aliento frío sobre sus pestañas, y el resplandor lunar se apagó. Se le vino encima como un saco negro. La dulce melodía se extinguió en lamentos y quejas: estaba ciega.

Asustada y sin visión, abrió de golpe la puerta. Pero ahí fuera también quedó presa en su falta de luz. La luna estaba muerta. Así, tanteando y llorando, volvió al patio y buscó en la chimenea el acostumbrado resplandor de la llama. Pero el fuego del hogar solo quemaba su piel y carbonizaba

sus pestañas, pues la vista se había apagado. Ciega estaba y ciega se quedó, y no le sirvió de nada ningún sabio conjuro.

Vivía, sin embargo, una madre anciana en esta granja. Ella era aún del antiguo mundo. Se sentaba a cada hora junto al hogar, hilaba en el humo y olía lo Invisible. El saber de los tiempos antiguos estaba presente en ella, y conocía más del cambio y la mutación de las cosas que los demás. A veces, en medio del hilar diligente, detenía la rueca, se frotaba las manos arrugadas en el regazo, miraba como hacia las lejanías y suspiraba con un recuerdo feliz:

"¡Ay, qué tiempos aquellos, cuando Berchta hilaba!"

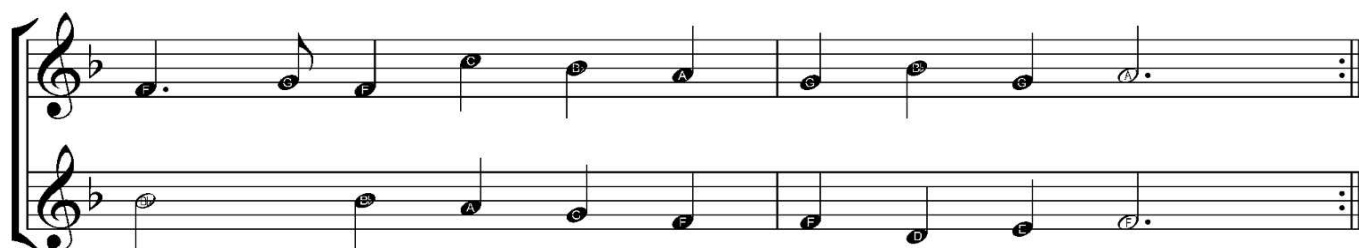
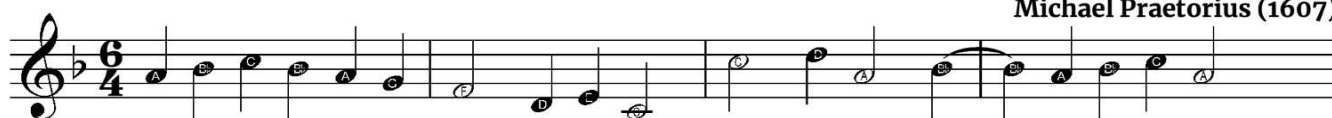
Entonces brotaba un resplandor de sus viejos ojos, como si la invocada hubiera entrado.

Ahora la sirvienta ciega, antes tan ágil, tenía que pasar mucho tiempo junto a la anciana en la chimenea sentada e hilar, romper lino, cardar o realizar cualquier otro trabajo, como bien podría hacerlo un ciego a tientas. Pero allí se sentaba tesa y obstinada junto a las brasas, pues su alma joven se había helado por la amargura.

Así persistió durante los días de invierno en su terquedad, y ninguna palabra de consuelo de la anciana lograba despertarla.

Cuando al fin la primavera estalló en todos los arbustos y el primer canto de pájaro llegó desde el jardín florido, entonces el alma joven también se descongeló de nuevo. Y la ciega exclamó con repentina alegría:

Michael Praetorius (1607)



<https://ideaswaldorf.com/las-velas-apagadas/>

*"¿Lo oyes, anciana? ¡Escucha cómo canta este pájaro! ¿Qué sabrá? ¿Qué querrá?
¡Oh, quién entendiera el lenguaje de los animales, cuánto no podría aprender!"*

Entonces la madrecita anciana sonrió con bondad y dijo:

"He esperado largo tiempo a este canto. Así que quiero contarte, desde mi vieja experiencia, lo que llegó a mi conocimiento de aquel tiempo en que la señora Berchta aún actuaba entre los Hombres".

Ella anudó un nuevo hilo al viejo y continuó relatando y contó sobre la regencia de la *Dama del Bosque*, la *Tía de la Sala de Hilar*, la *Señora del Jardín de Rosas* y de la *Madre de las Ánimas*.

La ciega siempre le extraía nuevas historias, iluminando así su año oscuro, hasta que llegaron de nuevo las *Doce Noches Santas*. Ya olía en la despensa a pan de miel y dulces especias, ya la promesa del Niño se extendía por toda la Tierra, ya se preparaba el Sol hundido para el renacer desde las sombras de la noche del solsticio.

A menudo la muchacha yacía largo rato aun escuchando en su lecho y meditaba todo lo que la boca de la tía le había anunciado. Se había visto a sí misma como en un espejo, a través del cual *sus ojos interiores* se habían abierto. Ella había vivido y sufrido todo esto como propio. Y cuando ahora escuchaba hacia fuera en *La Noche de las Noches*, entonces supo que la plenitud estaba ante su puerta.

Así yacía pues y esperaba la hora de la gracia. Entonces percibió desde el establo un extraño alboroto. Oyó cómo el toro afilaba sus cuernos en la madera del pesebre. Luego escuchó claramente de su boca rumiante las oscuras palabras:

-*"Tú", dijo el toro a la vaca, "¿sabes también ya que la señora Berchta quiere perdonar a la ciega?"* Respondió la vaca:

-*"Tú, ¿sabes también ya que la señora Berchta quiere quitar la ceguera a esta muchacha?"*

-*"¿Pero cómo ha de suceder eso?"*, preguntó sordamente el toro. Respondió la vaca:

-*"Así ha de suceder, como la señora Berchta se lo anuncie a la madre anciana."*

Todo esto le sucedió ahora a la muchachita como en un sueño, y no pudo mover un solo miembro. Esa noche estuvo llena de voces confusas y visiones oscuras. Por la mañana le contó a la madre anciana lo que los animales le habían prometido. Entonces dijo la anciana:

-*"En esta noche vi a la señora Berchta viajar sobre las montañas. Se conducía como mi bendita madre y me saludó confiadamente y me dio un recado para ti:*

Tú debes prepararle la mesa en la Noche de Berchta, allí quiere aparecésete una vez más. Una palabra apoya a la otra, y así puede pues bien suceder."

El sol se hundió en la duodécima Noche Santa. Entonces la madre anciana tomó a la muchachita ciega de la mano y se encaminó con ella arriba hacia el camino hundido. Allí, bajo el abedul, la joven tendió ahora la mesita, extendió un blanco mantel sobre ella, alisó el paño cuidadosamente y colocó platillos y jarras en su lugar. De sus manos que tanteaban surgió para la ciega la imagen, como el año anterior, donde al mirar estas ofrendas había caído en noche eterna. Sus ojos se convirtieron en dos fuentes vivas, y las saladas gotas rezumaban en el blanco mantel:

*"La luna, que brilla ahora ...
¿de quién se apiada? ¿A quién llora?"*

-*"Ay", así se quejó la doncella, "yo quería ver a la señora Berchta con los ojos, y eso estaba prohibido. No lo creí y perdí la luna, el sol y el resplandor de todas las cosas!"*

Entonces dijo la señora Berchta, pues ella misma había regresado con sus ánimas:

-Eso bien puede ser cierto. Hace un año apagué en este lugar dos ojos y en su lugar encendí dos velitas interiores. Lleva pues doble vista, ¡ve y no olvides lo mejor!"

Y mientras tanto, sopló sobre los ojos muertos de la muchacha, de modo que la luz floreció en ella con todas sus estrellas. Y todo alrededor estaba como el año anterior. La luna brillaba también, la mesa estaba preparada bajo el centelleante abedul, pero la señora Berchta con sus ánimas ya hacía tiempo que había partido sobre todas las colinas. Solo desde lejos aún llegaba como un canto y un dulce sonido de cuerdas.

Así como gradualmente la culpa se desvaneció y cómo esta nueva luz penetró en los ojos apagados, la doncella se hizo consciente de este milagro. Y una poderosa alegría la embargó, pues donde esos ojos solo habían visto la piel y la superficie exterior de los cuerpos, ahora era como si miraran dentro de las cosas como en ámbar o cristal de roca. Y con esta noche conoció la antigua sabiduría en su profundidad:

*Quien con Dios quiera encontrarse,
de este mundo debe cegarse.*